

RESEÑAS

PAGDEN, Anthony: *Mundos en guerra. 2500 años de conflicto entre Oriente y Occidente*. Barcelona RBA. 558 págs., 21 ill. ISBN 978-84-9867-907-6.

La idea de la existencia real de un conflicto concebido como una sucesión en apariencia irremediable de guerras entre ‘Oriente’ y ‘Occidente’ denuncia ya una perspectiva eurocéntrica, y se alimenta de una viejísima tradición. Ya Diodoro de Sicilia (11,1,4) escribió en el s. I a.C. que persas y cartagineses —pérfidos semitas orientales al fin y al cabo— se habían aliado en el 480 a.C. para destruir a todos los griegos, de los Balcanes a Sicilia. Y todo ello contra la opinión de Heródoto (7,165-166) y Aristóteles (*Poetica* 4.1, 1549a), quienes siglos antes habían considerado fortuita la coincidencia de que las batallas de Salamina e Hímera se hubiesen librado el mismo día.

Desde entonces, el debate ha encontrado combustible adecuado en la mítica guerra de Troya (p. 17), en las invasiones de godos, hunos, mongoles procedentes de la profunda Asia, en la oleada islámica salida del lejano desierto en el s. VII, en las posteriores Cruzadas cristianas —ahora de sentido contrario—, en el avance turco hacia Occidente desde el s. XV... y en la ‘guerra asimétrica’ que en la actualidad libran —según algunos— Oriente y Occidente. En este campo, una de las manifestaciones más polémicas entre los especialistas en Historia Militar es la propuesta de Victor D. Hanson sobre la existencia, desde la Grecia Arcaica, de una ‘forma occidental de guerrear’ basada en la noble batalla campal frente a un ‘modo oriental’ que no desearía la guerra irregular y todo tipo de tretas. Este especialista en la Grecia clásica se convirtió en uno de los apoyos intelectuales de la política de George Bush en Iraq y Afganistan.

En este contexto el voluminoso y denso trabajo de A. Pagden, un historiador veterano y prestigioso, es una importante y bienvenida contribución a un debate envenenado, importante pero a menudo desenfocado. Con sus 841

notas a pie de página no es una obra ligera, como tantas obras recientes de moda en Historia Militar, pero su erudición se digiere con facilidad gracias a una prosa amena y en ocasiones en exceso desenfadada (Paris, héroe de la Iliada, es denominado *lechuguino* y *playboy*) (p. 16).

Pagden parte de la discusión del concepto mismo de ‘oriente’ enfrentado a ‘occidente’ (pp. 11 ss.), aunque nos recuerda cómo, por ejemplo, Homero no hace la marcada distinción entre aqueos y troyanos en una Iliada en la que siglos después muchos verían ‘*el principio de la historia de una lucha por la supremacía entre unos pueblos cuyas diferencias se subrayaban a medida que el tiempo transcurría*’ (p. 17). Y sobre todo nos recuerda que, independientemente de las realidades, los conflictos a menudo se alimentan de percepciones (p. 18). También insiste en que el papel de la radicalización religiosa ha sido decisivo en los conflictos desde el triunfo de las grandes religiones monoteístas. Con todo, Pagden se alinea claramente con quienes opinan que el cristianismo sale algo mejor librado de la comparación que el Islam, por razones que argumenta *in extenso* (cap. 8), aunque prefiere una ‘sociedad ilustrada, liberal y secular’.

A partir de esa declaración de principios, que no llama a engaño, Pagden narra en once capítulos y un epílogo la historia de realidades y percepciones que conforman los conflictos entre el extremo occidental del continente euroasiático y su parte oriental, mucho más extensa y —más importante— más diversa. Comienza (Cap. 1) con las Guerras Médicas —donde se aprecian ciertas limitaciones en la valoración excesivamente tradicional del Imperio Persa desde una óptica helenocéntrica y de una democrática Atenas que ‘*salvó a todo el mundo griego de la esclavitud*’ (p. 42). Luego, sucesivamente se menciona —quizá con demasiada brevedad— la

forma en que el Gran Rey aprovechó la Guerra del Peloponeso, para abordar el análisis más detallado de la forma en que Alejandro devolvió la visita a los persas (Cap. 2).

Pagden pasa a continuación, entre continuas digresiones, al caso de Roma. Considerar Cartago como una ‘gran potencia asiática’ (p. 86). olvidando no solo su ubicación geográfica, sino su ordenamiento constitucional considerado por Aristóteles como próximo a los modelos griegos, resulta una de las propuestas menos afortunadas de Pagden. Pero sirve para enmarcar el avance romano hacia oriente, hacia la Hélade primero, y luego hacia el enfrentamiento con imperios verdaderamente ‘orientales’: partos y sasánidas, vistos como herederos de los persas aqueménidas. Al escribir Pagden con cierta ironía desde la visión griega o romana, resulta al final difícil discernir hasta qué punto comparte o rechaza esa visión ‘occidental’ de Oriente como tierra de súbditos anónimos gobernados por el miedo (p. 89).

Da la sensación que Pagden se encuentra más cómodo en el análisis a partir del colapso del Imperio de Occidente. La ‘Iglesia triunfante’ (Cap. 4) y la llegada del Islam (Cap.5), plantearían los conflictos entre ambos lados de la cuenca mediterránea en términos diferentes a los de la Antigüedad clásica, aunque aquella siguiera siendo empleada como referente. Ambos capítulos son de carácter descriptivo, más que explicativo, aunque por fin, en p. 188 ss., se analice el pánico y la desinformación doctrinal con que la cristiandad occidental acogió el ascenso del Islam y su fulgurante expansión.

El siguiente paso de Pagden es, por supuesto, el análisis de la contraofensiva cristiana, las Cruzadas, con énfasis en las del Próximo Oriente y omisión de las Ibéricas y de la Europa Oriental. Ahora sí que abandona Pagden cualquier distanciamiento y enlaza de continuo con la percepción, compartida por muchos —historiadores y *laymen*— de que estamos en un conflicto con raíces medievales, en el que el concepto de ‘Cruzada’ ha sido empleado desde ambas religiones mayoritarias, aunque no siempre empleando ese término. Intercala Pagden observaciones polémicas. Por ejemplo, en su visión, las percepciones occidentales del pasado son breves, por lo que ‘*ni la Unión Europea ni la OTAN serían posibles si los franceses albergasen aún agravios contra los británicos por la batalla de Waterloo o los británicos contra los alemanes por el Blitz.*’ En cambio el Islam, más primitivo, mantendría la idea de ‘*la lucha*

contra el infiel para la conquista musulmana definitiva del mundo entero’ (p. 217). Nos atreveríamos a negar la mayor al menos en una de las partes de la comparación. Una cosa es lo que las elites políticas e intelectuales manifiesten públicamente, y otra lo que la mayoría de las poblaciones sienta en sus entrañas. Un partido de fútbol entre las selecciones inglesa y alemana, con decenas de miles de hinchas gritando a coro ‘*Two World Wars, One World Cup!!*’ al tiempo que extienden los brazos en cruz imitando las alas de bombarderos, cuenta otra historia. Y esperaríamos al paso de un par de generaciones para convencernos de que la pérdida y extinción de Prusia ha sido aceptada de modo definitivo por Alemania. Pero de lo que no cabe duda es de que en el discurso político adoptado por la Administración Bush por un lado, y Saddam Hussein por otro, palabras como ‘Cruzada’ o ‘Hattin’ se han empleado de modo perverso con desprecio absoluto al análisis histórico a favor de una demagogia lamentable.

Los capítulos siguientes incorporan matices al tema fundamental. Los turcos otomanos islamizados y su definitiva destrucción del Imperio Romano y su amenaza hacia Occidente ocupan el grueso del Cap. 7. Los Capítulos 8 y 9 retoman una idea avanzada por Pagden en la Introducción: la Reforma y la ‘ascensión de la Ciencia’ y un ‘Orientalismo Ilustrado’ limitaron los excesos del cristianismo, e hicieron surgir en Europa ‘*una forma completamente nueva de mirar el mundo*’ basada en la Ciencia (p. 264) en una sana purga secularizadora que el Islam, tan distinto (p. 257) no ha abordado todavía (p. 8-19, p. 462 ss., pese a que en algún momento pareció posible (pp. 466 ss.).

El Capítulo 9 es uno de los más atractivos del libro ya que, olvidando la narración de brocha amplia que exigían los capítulos anteriores, se centra con detalle en el nuevo conocimiento que de la enorme Asia adquirieron viajeros y filósofos europeos desde el s. XV y sobre todo desde el XVIII. Sus semblanzas de Montesquieu, William Jones, Abraham H. Anquetil-Duperron y otros se leen de una manera muy distinta a las 300 páginas anteriores. China y otros lugares del ‘Extremo Oriente’ hacen ahora su aparición por primera vez en cierto detalle.

‘El Mahoma de Occidente’ es el inteligente título que Pagden propone para el Capítulo 10, dedicado al fin del Imperio turco otomano y a la figura de Napoleón Bonaparte y su sueño asiático, abortado políticamente pero esencial para la apertura de Egipto a la Ciencia europea... y para

consolidar la imagen de un Oriente letárgico y necesitado de la modernización y liberación intelectual que aportarían los Imperios europeos (p. 367). Ideas que llevarían a la destrucción final del Imperio Otomano, a la que se dedica sobre todo el Cap. 11, que nos lleva de Lord Byron y Grecia a la Primera Guerra Mundial, y de allí a la política contemporánea en el Próximo Oriente, al Egipto de Nasser, la creación del estado judío y la situación actual, a la que se dedica el Epílogo, que en realidad es continuación directa del Cap. 11 más que una recapitulación global de la obra. Por cierto que el papel de los judíos, ¿‘orientales’ u ‘occidentales’? aparece muy desdibujado (pp. 158 ss.) o es directamente omitido a lo largo de las primeras cuatrocientas páginas de la obra, para poder concentrar así el foco en el antagonismo de la Cruz y la Media Luna.

El Epílogo, en efecto, muestra que la preocupación nuclear del autor, y el tema real de la obra, es el conflicto actual entre un Occidente cristiano que considera profundamente secularizado y en el que los fundamentalistas son pocos e ineficaces, y un mundo islámico en el que la separación entre lo secular y lo religioso no

existe y se rechaza, y que es amenazante dado el creciente poder de un fundamentalismo agresivo y excluyente, en parte por una ‘*amarga reacción contra el neocolonialismo occidental*’ (pp. 462 ss.), pero en parte por la esencia misma de su concepción del poder político-religioso que rechaza el concepto mismo de democracia y de separación Iglesia-Estado (p. 465). Aunque por supuesto, se matiza, no todos los musulmanes son así (p. 467).

El libro es de traducción cuidada, cuenta con una amplia bibliografía y, lo que es una rareza, un amplísimo Índice Analítico, que refuerza su utilidad. Todo aquel interesado en las relaciones históricas entre Europa Occidental y Asia, más en el terreno de las ideas que en el de la Historia Militar clásica, encontrará en la obra de Pagden suficiente alimento para una reflexión prolongada, para la discrepancia y quizá para el acuerdo.

Fernando QUESADA SANZ
UAM

VIDAL, Jordi y ANTELA, Borja, Ed.: *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Libros Pórtico, Zaragoza, 2011, 161 págs. ISBN 978-84-7956-089-8.

Este libro es fruto de la Jornada «Historia Militar de la Antigüedad: Tendencias Historiográficas Actuales» celebrado el 2 de diciembre de 2010 en la Universitat Autònoma de Barcelona. En él quedan recogidas algunas de las intervenciones de los mejores investigadores españoles en Historia Militar, reunidos para debatir acerca de la historiografía y las actuales tendencias de la investigación polemológica desde una perspectiva abierta. El resultado global que se obtiene tras su lectura va más allá de lo que promete su título. La obra es una excelente reflexión sobre la razón de ser de la historia militar, una clara explicación de su evolución como disciplina histórica a menudo denostada, y una visión general de su floreciente presente, tanto dentro como fuera de España. La publicación se articula a través de cinco ponencias que sirven para recorrer de forma bastante completa la realidad de la disciplina. Además, también se incluye la transcripción de los debates surgidos tras las intervenciones, lo cual enriquece mucho el texto y no hurta al lector una parte tan im-

portante de los frutos obtenidos en este tipo de jornadas.

El primer capítulo recoge la intervención del profesor Francisco Gracia Alonso, quien, de forma muy amena, explica cómo la reconstrucción de las batallas o de cualquier escenario de un episodio de violencia (arqueología del conflicto) no busca la glorificación de los conflictos sino profundizar en nuestro conocimiento histórico. Pero, siendo el hecho bélico un episodio poliédrico, se deben tener en cuenta no sólo las fuentes clásicas, sino una multiplicidad de vías de acercamiento al suceso que permitan perfeccionar nuestro conocimiento del mismo y, con ello, también del proceso histórico. La consecuencia final es que todo camino que pretenda una auténtica profundización en esa compleja realidad y todo vehículo que proteja ese patrimonio y lo dé a conocer, ha de ser bien recibido y fomentado. En esto, el mundo anglosajón ha sido pionero y sigue siendo el ejemplo a seguir, con iniciativas tan destacadas como el *Bloody Meadows Project*.

La ponencia firmada por el profesor Fernando Quesada aborda la difícil pero necesaria cuestión del por qué del tortuoso desarrollo de esta disciplina histórica tanto a nivel mundial, como sobre todo en el contexto español. Además, el artículo incluye un repaso de la situación actual de la investigación y la divulgación en España, muy interesante por partir de uno de los grandes expertos de nuestro país en la materia. No nos cabe duda de que esta ponencia se va a convertir en referencia y cita obligada para todo investigador en esta área concreta de la historiografía. Además, se incluye al final del capítulo una extensísima y muy útil bibliografía sobre el tema.

La intervención del profesor Jordi Vidal analiza el panorama historiográfico en referencia al Próximo Oriente Antiguo, repasando los principales hitos de la investigación y los nuevos focos de interés más allá de la historia militar convencional, como serían guerra y sociedad, las mujeres y la guerra, los niños como víctimas, la relación entre la guerra y el cuerpo humano, la guerra y la cultura, las armas de prestigio, etc. Asimismo, se incluye una *interesante* explicación del concepto de la historia militar entendida como *wargame*, y las repercusiones que tal identificación han tenido y tienen para el desarrollo y aceptación de esta disciplina histórica.

En el caso del capítulo de Jordi Cortadella, la atención se centra en un aspecto particular y controvertido: los grupos de recreación histórica. Es un texto de gran interés, dado el exhaustivo tratamiento que hace de esta peculiar expresión de la investigación, tanto en España como fuera de nuestro país. También se debe destacar la inclusión de la discusión final (pp. 120-123), donde tenemos oportunidad de conocer la opinión que sobre este fenómeno tienen tanto Francisco Gracia como Fernando Quesada. Otro acierto es, sin duda, recoger en un anexo un elenco muy completo de los grupos de recreación histórica militar romana existentes en el mundo, con sus direcciones de Internet, y ordenados por países.

Borja Antela en el capítulo final defiende la idea de que el eminente historiador V.D. Hanson fundamenta el esquema del triunfo del *Western Way of War* en un conjunto de tópicos históri-

camente endebles, y cuyo éxito se debió a que se inserta en una forma presente de entender el mundo como dividido entre una civilización occidental superior y la barbarie oriental. Para Antela, las ideas latentes en la obra de Hanson tienen su continuación en *El fin de la Historia* de Fukuyama o *El choque de civilizaciones* de Huntington. El artículo es denso y quizá lo ambicioso del planteamiento, unido a la natural limitación espacial, conduce a que algunas ideas no aparezcan analizadas y justificadas con la extensión que le gustaría al lector. Así, como ejemplo, podemos decir que no es fácil ver la relación que establece entre la obra de Hanson y de Fukuyama dado que, aunque la distancia cronológica en años es escasa, la obra de Hanson está enclavada en el mundo previo a la caída del Muro de Berlín, con la confrontación nuclear como trasfondo, mientras el de Fukuyama y Huntington presentan una visión del mundo diferente y más compleja que la mera alteridad este-oeste; o, también se podría esperar una explicación más detallada de su afirmación de una supuesta «irracionalidad» de los políticos y estrategias griegos que justifica esencialmente sólo haciendo mención del desastre de la campaña ateniense en Sicilia.

Visto en conjunto, la publicación de este libro ha sido un acierto por parte de sus promotores. Es un libro exhaustivo, de gran calidad, pero a la vez tan ameno que podíamos decir que es una de esas obras que «crea afición». Las únicas objeciones que se podrían poner son el diseño poco atractivo y confuso de su cubierta, que puede limitar mucho su difusión, y la práctica ausencia de referencias o análisis en torno a Grecia y el mundo helenístico, un campo de la historia militar en el que aún queda tanto por hacer. Pero, dada la voluntad de continuidad con el que han nacido estas jornadas, esperamos que esa falta se corrija en los próximos encuentros y, sobre todo, que como resultado de ellos vean la luz más obras del interés y de la calidad de la que aquí hemos tenido el placer de comentar.

Mauricio G. ÁLVAREZ
Universidad San Pablo-CEU (Madrid)